



FERIA  
 DE LA  
 SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS  
 ENTRE SUS  
 MAS AVANTAJADOS ALUMNOS  
 DE LA  
 ESCUELA DE  
 PRIMERA LETRAS  
 DE LA  
 UNIVERSIDAD DE VALVERDE Y TELLEZ  
 EN LA MISMA SOLEMNEIDAD EL 22 DE AGOSTO  
 DE 1886  
 DISCURSO ORAL Y COMPOSICIONES POETICAS  
 LEIDOS  
 EN LA MISMA SOLEMNEIDAD EL 22 DE AGOSTO  
 DE 1886  
 IMPRESA DE N. PARGA - CALLE DEL SEMINARIO  
 N.º 28

**INFORME**  
 DEL SR. PRESIDENTE,  
**CANONIGO D. FLORENCIO PARGA,**  
 sobre el estado  
**DE LAS ESCUELAS PARROQUIALES.**

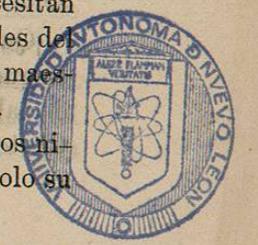


ILLMO. SEÑOR:  
 SEÑORES:

S harto embarazoso y difícil para mí el tener que hablar sobre un mismo asunto cada año, en la solemne distribucion de premios á las Escuelas Parroquiales, establecidas desde 1874. Embarazoso, porque quisiera no cansaros con repeticiones de lo dicho en otros años, ni con un informe monótono y casi rutinario, como tiene que ser, quíerase ó no, el Informe sobre escuelas de primeras letras.

Aliéntame, sin embargo y mucho, la conviccion de que el respetabilísimo y muy ilustrado auditorio ante quien me hallo, vé con suma complacencia cuanto se relaciona con esos pequeñuelos, cuanto se le diga sobre los trabajos y esfuerzos de esos niños por adelantar en el comienzo de su carrera, en ese su primer campo de fatigas y de infantiles triunfos: la escuela, la escuela que está abierta para abrigarlos como en un asilo sagrado, precaverlos de los peligros que corren en un mundo que aun no conocen y llevarlos de la mano como necesitan sus pasos vacilantes, hasta dejarlos en los umbrales del templo del saber, donde serán recibidos por otros maestros, los sacerdotes de ese propio augusto templo.

Aliéntame, sí, el saber muy bien que amais á los niños con todo el amor que hácia ellos inspira, no solo su



Capilla Alfonsina  
 Biblioteca Universitaria  
 004089

42054

BV1475  
F5

2

inocencia y las naturales gracias de su edad, sino con el amor, ó diré más bien, con la ardiente caridad que os enseñó Jesucristo con su ejemplo y sus dulcísimas máximas, recogidas en su Evangelio.

Por eso ya no vacilo en informaros lo que, para espíritus poco cristianos é irreflexivos, y nunca para vosotros, podrían parecer pequeñeces y cosas de ninguna valía, á saber: que esos pobrecillos, en su generalidad hijos del pueblo, y por lo mismo muy dignos de nuestro amor y conmiseracion, tienen ya en su alma, tan cándida y pura como los ángeles, depositado el gérmen precioso de la escuela parroquial; es decir, primero y sobre todo, la idea religiosa, la fecunda simiente de todas las virtudes y todos los bienes, el conocimiento, siquiera sea muy elemental, de la doctrina cristiana.

Es de verse, señores, cómo esos rapazuelos cuando apenas pueden balbucear las palabras de nuestra hermosa lengua, ya proponen á quien quiere oírlos, las gravísimas cuestiones de su Catecismo; cuestiones que nunca alcanzaron, ó que, á fuerza de estudio, solo bismbraron los más renombrados filósofos de la antigüedad; cuestiones y respuestas que hoy aprenden, si se quiere inconscientemente esos niños; pero que mañana meditarán y les servirán de clave indefectible y clara, para resolver los más grandes y espinosos problemas sociales, que hoy agitan al mundo y aturden é infunden pavor á los mismos hombres que han creado esta espantosa situación, predicando el abandono de las enseñanzas de la Iglesia católica, y para cuyos aterradores problemas, en vano buscan, porque no tienen la fuerza del Catolicismo, solución posible.

¡Qué lecciones las de la justicia divina! ¡Cuán cierto es que: "El que habita en los cielos se burla de la llamada sabiduría humana, que arroja lejos de sí, el yugo del Cristo del Señor." ¡Qué verdad tan palpable la de esta

3

sentencia de la Santa Escritura: "Has escondido estas cosas, oh Dios, á los sábios y á los prudentes y las revelaste á los párvulos." El niño católico sabe más en punto á la salvacion de la sociedad humana, que el hombre de Estado, que en su hinchada ciencia niega á Dios y sus obras!

Sin Religion, sin el reinado social de Jesucristo, parecen las naciones. Es esa una verdad y una ley de la historia; verdad que cada dia se hace más y más evidente, si puedo decir así, más experimental y tangible. Y la sabe el niño, y la repite y la publica como un ángel de Dios y quizá en su nombre, como un órgano de su infinita misericordia; y la ignoran ó la desconocen los grandes hombres del siglo....!

Acabo de ver, señores, las siguientes luminosísimas palabras de los obispos católicos de Inglaterra, en una Pastoral colectiva que poco há publicaron y que comprueba lo que vengo diciendo: "La educacion sin el Cristianismo no existe, dicen, ó, para usar de una moderna frase, los factores de la educacion secular y religiosa, son de todo punto inseparables. La educacion es esencialmente religiosa, y por consiguiente ahí en donde la religion es eliminada de la enseñanza, ahí no hay educacion ninguna. Ateneos á la vieja tradicion y á los axiomas de nuestros antepasados. Las escuelas sin religion, podrán dar instruccion; pero educacion jamás. Eso podrá llamarse, si gustais, instruccion nacional; pero ante el Cristianismo, no puede llamarse eso educacion. Y no solamente es imposible educacion sin religion, sino que aun esa misma instruccion sin religion, es una instruccion sin moralidad. Alumnos á quienes no se enseña la moralidad, no pueden ser morales; y la moral cristiana, pues no hay otra, no puede ser enseñada sin la religion. Porque, ¿qué es moralidad, sino la ley del deber, la cual arranca de nuestras personales relaciones



LIBRERIA Y EMPLUMERIA  
DE Y JETTES



Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria

hacia Dios y hacia nuestros semejantes? ¿Y cómo es posible enseñar esa ley del deber, sin el conocimiento de las personas hacia las cuales versan y existen esas propias relaciones? Para conocer esto, es de todo punto necesario que la religion cristiana sea enseñada en las escuelas. La moral cristiana no puede enseñarse sin el conocimiento de Cristo, y esto envuelve forzosamente el conocimiento de su historia, de su doctrina, de sus mandamientos, de su Encarnacion, de su Personalidad divina y del origen y destino del hombre redimido. Y todo esto, ¿qué es sino el dogma? ¿Qué es, sino la religion cristiana?—Es, por tanto, evidente, que la escuela donde no se enseña religion, no se enseña tampoco la moralidad; y ahí donde no se enseña la moral, el corazon, la conciencia y la voluntad de los niños, no están educados para el deber, ni para afrontar los terribles contratiempos de la vida. ¿Puede haber una cosa más falsa, más funesta para el hombre, para la familia y para el Estado, que llamar á eso educacion?.....

Tengo, asimismo que informaros, señores, que si el corazon del niño es visto por la escuela parroquial como un depósito sagrado que Dios le confía, como una hermosísima flor de los vergeles del cielo, para que cuide, como en efecto cuida, con todo esmero, de su blancura, de su pureza y de su lozanía, tan fáciles de mancharse ó marchitarse, y haga nacer en ella el suavísimo aroma de las virtudes; no por eso es visto en la propia escuela, con poco cuidado ó indiferencia, ese otro magnífico don del Altísimo á sus criaturas, salidas de sus manos á su imagen y semejanza: la inteligencia.

Apénas empieza á desarrollarse ese destello de Dios en los niños, la razon, cuando la escuela parroquial les muestra, con el mejor éxito y valiéndose de mil ardidés, (dejadme decir así) como inventa el sistema objetivo, que no es tan trabajoso y pesado, al decir de los perezosos

y como parece á primera vista, aprender y practicar las más importantes operaciones de los números y del cálculo, ó plantear y resolver los más trascendentes problemas del Algebra y de la Geometría. ¡Ah, y cómo es grato, y cómo se siente uno con deseos de batir palmas al ver á esos pequeños matemáticos, á esas niñas de diez á doce años, manejar con gentileza y maestría, y con la gravedad que el caso demanda, el lápiz y la regla, y el compás y la escuadra, y engolfarse su alma infantil en busca de la incógnita, y prorumpir al fin en un *Eureka*, en un: "*Señor, está resuelto el problema.*"

¡Y cómo es acreedor á todos nuestros elogios el profesor ó profesora que con una paciencia ejemplar logra persuadir é interesar á sus naturalmente inquietos discípulos, á que viajen juntos por toda la redondez de la tierra, para mostrarles en un momento y corriendo con más velocidad que el vapor, sobre el mapa-mundi, inmensos continentes, á fin de que conozcan y den razon á quien quiera, de todo lo que hay de más grande sobre nuestro globo: de sus cordilleras de altísimas montañas, sus lagos, sus rios, sus mares, sus soberbias ciudades, sus monumentos, sus pirámides de granito!

No son estos, señores, vuelos de mi imaginacion: así pasan de verdad las cosas; y casi todos los que me escuchan, pueden dar testimonio de que esos niños frente á un mapa, ó sobre una esfera, cuentan las maravillas de nuestro planeta y unen su voz con las estrellas del firmamento, para cantar las glorias de Dios; y de que la enseñanza en las escuelas parroquiales, no desdice de la de las mejores escuelas de esta ciudad, que siempre ha tenido por todo el país, gran renombre, á causa de sus establecimientos de instruccion y sus adelantos científicos. Me glorío, pues, de decirlo: gracias sean dadas á la Providencia que bendice siempre las obras de la Iglesia Católica.

Doce años hace que se abrieron las primeras es-

escuelas, sin tener en cuenta ni las penurias de la propia Iglesia, ni la eventualidad de los recursos para lo futuro; y sin embargo, esa misma Divina Providencia ha hecho que se abran año por año, nuevos establecimientos y que hoy sean ya diez y seis los que están bajo la inmediata inspección de esta Junta que me honro de presidir; sin contar, porque de ellos nada me toca informar, muchos otros que se hallan en casi todas las parroquias de la Arquidiócesis, bajo el cuidado, la protección y á expensas, no pocos, de celosísimos curas. Plegue á Dios que se multipliquen más y más estos planteles, no sólo aquí, sino en todo nuestro país, como se multiplican por todo el orbe católico!

No tiene duda. Cada día son una necesidad universal, de las más imperiosas y apremiantes, una necesidad de tal trascendencia que, una vez ampliamente cubierta, á ella se deberá en gran parte la salvación de la sociedad moderna.

Así lo comprenden los enemigos mismos de la Iglesia y de todo orden social. Por eso todos sus esfuerzos tienden á corromper y á descatoalizar á la niñez y á la juventud. De ahí ese empeño en abrir por todas partes la escuela laíca, de cuyos libros se borra hasta el sacrosanto nombre de Dios, como acaban de hacerlo los gobernantes masones de Francia, y en cuyos libros se siembran en cada página, las máximas más subversivas é inmorales, á fin de que, aprendidas por el niño de hoy, el hombre de mañana las ponga en práctica, y ébrio de sensualidad y armado de la barreta de la tea ó de la dinamita, y azuzado por la palabra incendiaria de los tribunos de la plebe, se declare en huelga para ir á volar el trono y el altar, los palacios de la industria y el trabajo y las propiedades de los particulares, hasta que no quede piedra sobre piedra de cuanto hoy es la vida, la fuerza y la gloria de las naciones.

¡El caos, la disolución completa, la barbarie y la muerte! Hé ahí á donde anhela llevar al mundo, la escuela que hoy día está frente á frente de la Iglesia y de la escuela católica.

Se libra entre ellas, en estos momentos históricos, como hoy se dice, en esta hora solemne, una tremenda lucha, y es preciso que una de las dos escuelas sucumba.—Y bien, señores, no sucumbirá, no, la escuela católica. ¿Por qué? Porque ahí están diez y nueve siglos diciendo que luchas quizá más recias y tremendas no han logrado conmoverla ni abollar siquiera su escudo de guerra; y principalmente porque ahí está en las alturas de los cielos Aquel que un día dijo á la escuela, ó más propiamente á la Iglesia católica: "Yo estaré contigo hasta la consumación de los siglos."

Y en esta cruzada del pensamiento, del principio católico, ¿quién creéis, señores, que presta y está llamada á prestar siempre, la mejor ayuda á la Iglesia? La mujer! La doncella, la esposa y la madre cristiana! La mujer, sí, es una gran potencia, quizá la mayor fuerza humana que se conoce. ¡Qué gloria para ella! Sabe instintivamente que el día que no esté bajo la égida del Catolicismo, el hombre volverá á verla como en los tiempos de la antigua Roma, como una esclava, como un mueble de lujo, cuando más, que lanzará á los cuatro vientos, cuando le fastidie ó se acabe el brillo de su hermosura y de su juventud; y por eso en la actual lucha de vida ó muerte entre el principio católico y el anticatólico, se une ella en apretadas filas, á la bandera de la Cruz que aquel empeña, y defiende con todo el ardor de su corazón, su dignidad, sus derechos cristianos, su lugar prominente, como el de una reina, en las sociedades católicas; y por eso la veis por todas partes ejerciendo cierto sublime apostolado: en el hogar, formando el corazón de sus hijos y reteniendo con dulces lazos en el buen camino á

su esposo; en el templo, cubriéndose para luchar las luchas del Señor con la fuerte armadura de la oracion y de toda virtud; en el hospital, ó en la accesoria del proletario, consolando y socorriendo al enfermo y al menesteroso, convirtiendo al incrédulo con solo hablarle de la dulcísima María, Refugio de pecadores, y del Buen Jesus, cuyo corazon es todo amor y perdon para las ovejas extraviadas. Y por fin, la veis en la escuela, donde, rodeada de niñas de todas clases, pero especialmente de la clase pobre, consume sus mejores años, sin perdonar ninguna fatiga, en formar aquellos tiernos corazones para la virtud, inspirándoles inmenso amor á la Religion, que ha engrandecido y salvado al débil devoto sexo; no sin cuidar al mismo tiempo de instruir á sus discípulas en cuantos ramos forman, hoy dia, la educacion de la mujer, para la cual quiere la Iglesia católica todo lo mejor, todo progreso bien entendido, no eliminando, sino lo que es impropio de su sexo y la hace descender del trono sobre que la ha colocado el Cristianismo.

Artera y pérfidamente le dice la escuela anticatólica que le trae su emancipacion, que viene á librarla de las trabas que le imponen la religion y la moral cristiana, para que obre y discurra en público como libre-pensadora, y aspire á ganar con el tiempo lo mismo que cualquier varon, una curul en las Cámaras, una banda en el ejército, una toga en la magistratura, ó cuando ménos un título de profesora en la escuela de Cirujía ó de Jurisprudencia.

Eso, señores, que hoy se le dice á la mujer, lo prueba la escuela católica, por absurdo é insensato, y la vé con soberano desdén la preceptora de la escuela parroquial, lo mismo que toda jóven honesta; porque comprende con su admirable penetracion que se le adula para perderla, que se le quiere sacar de quicio halagando con torcidas miras su vanidad, para acabar con

su poderosa influencia moral; comprende que se trata de hacerle una sangrienta burla, trasformándola en hombre; que se intenta enmendar la obra de la naturaleza, la obra de Dios, el cual dió á la compañera del hombre una mision verdaderamente sublime y santa, no ridícula é imposible, como la que hoy quieren darle sus redentores de nuevo cuño.

Continuad, pues, oh niñas que me escuchais, siendo lo que hasta aquí, dóciles á la enseñanza de la escuela parroquial, fieles hasta la muerte á la religion de Jesucristo, dignas de merecer en todo tiempo el título glorioso que os ha dado la Iglesia: *el de devoto sexo femenino*.

Vuestro verdadero Redentor os ha dejado un modelo perfectísimo que imitar, y una defensora vuestra más fuerte que un ejército en orden de batalla: la Virgen María Madre de Dios. Ella es vuestro divino prototipo: sea cual fuere la suerte que Dios os depare en lo futuro; en cualquier condicion que vivais en el mundo, en Ella que es la Virgen por excelencia, la Reyna de las Vírgenes, y tambien la Esposa y Madre de un Dios, hallareis virtudes tan grandes que imitar, tantos consuelos que recibir, tantas gracias que alcanzar, cosas tan extraordinarias, tan bellas y celestiales que aprender, que no lo dudeis, aunque os quedeis muy léjos de pareceros todavía, porque no puede ser de otro modo, á ese modelo incomparable y sin igual, sereis, no obstante, joya de inmensa valía á los ojos de los hombres, y almas bellas y dignas de perenne premio, de gloria y de amor sin fin, á los ojos de Dios.

HE-DICHO.